

LA HOJA VOLANDERA

RESPONSABLE SERGIO MONTES GARCÍA

Correo electrónico sergiomontesgarcia@yahoo.com.mx

NO. 173

CUALIDADES DE UN PRECEPTOR

John Locke

1632-1704

John Locke, uno de los filósofos más importantes de Inglaterra, nació en Wrington en agosto de 1632. Recibió una educación familiar puritana, estudió luego en la escuela de Westminster y después en la Universidad de Oxford; realizó estudios de medicina y ciencias naturales, aunque por ello no recibió título alguno. Se ocupó también de la política, actividad en la que participó activamente. Falleció en Oates, cerca de Londres, en octubre de 1704.

Señalado como el padre del liberalismo moderno y el más prominente representante del empirismo, Locke niega la existencia de ideas innatas, dice que el alma es una tabla rasa, una hoja de papel en blanco y afirma que los materiales de todo conocimiento provienen de la experiencia. Promotor de la educación nobiliaria, reconoce en ésta un carácter integral que atiende tanto el aspecto físico, como el intelectual y el moral. Ofrece una clara idea del método de enseñanza, recomienda un uso equilibrado de premios y castigos y reprueba, por inútil, el aprendizaje de memoria.

*Sus consideraciones pedagógicas se hallan en su obra **Pensamientos acerca de la educación** (1692).*

La gran labor de un preceptor es la de moldear la conducta y formar el espíritu; establecer en su

discípulo buenos hábitos; los principios de la virtud y de la sabiduría; darle poco a poco una idea del mundo; desenvolver en él la tendencia a amar y a imitar todo lo que es excelente y alabable, y, para conseguir ese objeto, hacerlo vigoroso, activo e industrioso. Los estudios que le propone, no deben tener otro objeto que el de ejercitar sus facultades, ocupar su tiempo, apartándole de la pereza y la haraganería, y enseñándole a aplicarse, a hacer el esfuerzo, inspirándole, en fin, algún gusto por las cosas que debe acabar de aprender por su propio trabajo. ¿Qué padre, en efecto, supondrá que, bajo la dirección de su preceptor, podrá un joven caballero convertirse en un crítico perfecto, un orador o un poeta; profundizar la metafísica, la filosofía natural o las matemáticas; ser un maestro en la Historia o la cronología? Es preciso enseñarle, sin duda, algo de todo esto; pero solamente, si puede decirse así, para que entreabra la puerta de la casa y arroje una mirada al interior, para que entable simplemente conocimiento con el departamento sin pensar en instalarse en él. Sería necesario hasta censurar a un preceptor que retuviese mucho tiempo y llevase demasiado lejos, en la mayor parte de estos estudios, a sus alumnos. No ocurre lo mismo con la buena educación, el conocimiento del mundo, la virtud, la actividad y el amor a la reputación; nunca se ocupará demasiado de todo esto, y si el joven posee estas cualidades, no dejará de conseguir de los demás lo que desee o necesite.

¿ES PRECISO APRENDER DE MEMORIA?

Hay una costumbre habitualmente seguida en las escuelas de gramática, y de la que no veo yo la utilidad, al menos que no se pretenda de ese modo ayudar a los niños en el estudio de las lenguas, estudio que es preciso, a mi juicio,



Diciembre 10 de 2003

Academia de Humanidades FES-Acatlán

hacer lo más fácil y agradable posible, descartando cuidadosamente todo lo que haría penoso. Quiero hablar y lamentarme de la obligación que se impone a los alumnos de aprender de memoria grandes trozos de los autores que estudian. No veo en esto ninguna ventaja, sobre todo desde el punto de vista del estudio que les ocupa. No se aprenden las lenguas sino por la lectura y por la conversación, y no con sendos trozos literarios de autores con los que se haya cargado su memoria. Cuando la cabeza de un hombre está embutida, hay todo lo necesario para hacer de él un pedante, y es el mejor medio de llegarlo a ser, en efecto; ahora bien: no hay nada que convenga menos a un caballero. ¿Qué puede haber, en efecto, de más ridículo que tejer ricos pensamientos y las elegantes palabras de autores escogidos con la tela de que disponemos nosotros mismos? Con esto no se consigue más que poner de relieve nuestra inteligencia; no tiene esto ninguna gracia; en fin: el que habla así no consigue más que si quisiera embellecer un mal traje usado remendándolo con grandes trozos de escarlata y de brocatel. Sin duda que, cuando se encuentra en un autor un pasaje cuyo pensamiento merece que se le recuerde, y cuya expresión es exacta y perfecta –y hay muchos pasajes de este género en los escritores de la antigüedad–, no será un mal alojarlo en el recuerdo de los escolares y ejercitar de tiempo en tiempo su memoria con otros fragmentos admirables de los grandes maestros en el arte de escribir. Pero hacerlo aprender sus lecciones de memoria, sin elección, al azar, conforme se presentan en sus libros, no sé para qué sirve sino para hacerle perder su tiempo y su esfuerzo, e inspirarle aversión y disgusto por libros en los que no encuentran más que motivos de fastidio.

EL MÉTODO

Se dice que lo que establece más diferencia entre los hombres es el orden y la constancia. De lo que estoy seguro es de que para aclarar el camino de un escolar, para sostenerlo en su marcha, para permitirle andar con un paso fácil y avanzar muy lejos en cualquier investigación, nada vale tanto como un buen método. Su preceptor debe, pues, esforzarse en hacerle comprender su utilidad, en acostumbrarle al orden, en enseñarle los métodos en todas las direcciones del pensamiento. Que se le muestre en qué consiste y cuáles son sus ventajas; que le familiarice con sus diversas formas, con la que va de lo general a lo particular, o de las cosas particulares a otra cosa más general; que le ejercite en uno y otro y que le haga ver a qué objetos es más apropiado cada uno de estos métodos y a qué fines puede servir mejor.

En el estudio de la historia es preciso seguir el orden cronológico; en las investigaciones filosóficas, el orden de la naturaleza, la cual, en todas sus investigaciones, va del punto que ocupa al punto que está inmediatamente yuxtapuesto. Del mismo modo el espíritu debe pasar del conocimiento que ya posee al que viene después y que se refiere al primero, y marchar así hacia su objeto, considerando las partes más simples, las menos complejas del tema que estudia. A este efecto será de gran utilidad que el maestro habitúe a su discípulo a hacer distinciones claras, es decir, a tener ideas claras dondequiera que el espíritu pueda sorprender una diferencia real; pero debe evitar con el mismo cuidado admitir distinciones de palabras cuando no tenga claramente la idea de una distinción y de una diferencia.

Fuente: John Locke. “Cualidades necesarias de un preceptor” en *Clásicos de la pedagogía*. Antología preparada por Sergio Montes García. México, UNAM-Acatlán, 2003, pp. 141-143.